

ANTONY BEEVOR ♦ HISTORIADOR

«Estoy preocupado, en Europa cada vez más gente pierde la fe en la democracia»

Ningún cronista de la guerra tiene tantos lectores como este célebre exmilitar e historiador británico, que analiza el devastador siglo XX con la vista puesta en las **guerras de Ucrania y Palestina**

ISRAEL VIANA

En 1999, Fernando García de Cortázar señaló que, en el transcurso de la centuria que estaba a punto de finalizar, se habían producido «dos centenares de conflictos bélicos que parecían anunciar el fin de la humanidad, cada cual más sangriento y devastador que el anterior». Cinco años después, Jaime Suau, profesor de Relaciones Internacionales de la Universidad Ramón Llull, puso de relieve que en los últimos trescientos años habían estallado «unas 500 guerras en todo el planeta: 80 en el siglo XVIII, 170 en el XIX y 260 en el XX». El nivel de violencia y destrucción fue tan elevado que el único año sin conflictos fue 1901. Y lo que es más desalentador: el siglo XXI no parece que vaya a mejorar...

«Como dijo el canciller alemán Otto von Bismarck: “Lo único que aprendemos de la historia es que nadie aprende de la historia”, señala Antony Beevor (Londres, 1946), el historiador que, probablemente, más sabe de conflictos en el mundo. Y para que no haya duda de por qué les ha dedicado toda su vida, aclara: «Es triste, pero son los eventos más importantes de la historia de la humanidad. Las guerras han provocado los cambios más profundos, a veces para bien, pero casi siempre para mal».

Ningún otro cronista de los conflictos bélicos ha cosechado tantos lectores como él, con cuatro novelas y 13 ensayos que han sido traducidos a cuarenta idiomas y vendido más de diez millones de ejemplares. Si a esto sumamos su pasado militar, como oficial del selecto 11º Regimiento de Húsares del Ejército británico, el mismo que hizo callar los últimos cañones

de Napoleón en la batalla de Waterloo, es difícil hablar con Beevor sin imaginar de fondo el ruido estrepitoso de las ametralladoras, el sonido estremecedor de las bombas y, sobre todo, los gritos de la población civil ante tanto horror.

—Ese sufrimiento es por lo que **prefiere que le llamen historiador de la guerra en vez de historiador militar.**

—Así es. Te puede parecer pedante, pero para mí es muy importante. La historia militar es, básicamente, el estudio de los movimientos de las tropas en el campo de batalla, mientras que un historiador de la guerra abarca todo, incluido, el efecto que esta produce sobre las mujeres, los niños y los ancianos,

孫子兵法

‘El arte de la guerra’

Lección 82
Sé un maestro de altaque y de la defensa

Lección 81 y 83
Haz que tu fortaleza sea inexpugnable. ¡Sé sutil! ¡Sé sutil!



Antony Beevor

BELÉN DÍAZ

es decir, las consecuencias sobre el conjunto de la sociedad.

Queda claro desde el principio el enfoque de Beevor, que el año pasado publicó ‘Rusia. Revolución y guerra civil, 1917-1921’ (Crítica), un monumental relato sobre el episodio más decisivo, según él, del último siglo, el que abrió la caja de Pandora de los enfrentamientos ideológicos que todavía hoy no se han cerrado: el de la izquierda contra la derecha. El escritor parece animado durante la llamada a su casa de Londres. Se expresa en las respuestas, remarca las palabras importantes, da numerosos datos y pone multitud de ejemplos mientras analiza aquel siglo XX que el gran Eric Hobsbawm definió como «el más mortífero de la historia». Lo hace, sin embargo, con la mirada puesta en las terribles imágenes que cada día llegan de Ucrania y Palestina. La historia siempre se repite, sobre todo, en las tragedias.

—Los dirigentes políticos actuales no han aprendido nada de la historia del siglo XX.

—Totalmente, pero en realidad el problema es tanto de los líderes como de los medios de comunicación, en especial los británicos y estadounidenses, que siempre utilizan la Segunda Guerra Mundial como referencia para todas las crisis. Ese paralelismo es peligroso y da una idea falsa de la situación actual. El 11-S, por ejemplo, se comparó con el ataque a Pearl Harbor de 1941 y es engañoso. Los políticos actuales quieren parecerse a Churchill o Roosevelt, pues acentúan los problemas o exageran los peligros para pasar a la historia como



líderes que superaron crisis.

—Lo que no ha cambiado es el sufrimiento de los civiles, como vemos en Ucrania y Palestina. ¿Causar el mayor daño a estos es la vía más eficaz de ganar una guerra?

—No lo creo, pero hay una razón para que se estén convirtiendo en las principales víctimas: las tropas ya no se enfrentan al aire libre ni los países tienen grandes ejércitos de reclutas. La época de la primera línea de batalla o de grandes contingentes defendiendo una frontera ha terminado. La guerra urbana es hoy la clave, con la ciudad como centro de poder económico y político.

—Pero las guerras urbanas, con la población de por medio, no son nuevas.

—Ningún cambio histórico se produce de la noche a la mañana. En las guerras napoleónicas y en la Primera Guerra Mundial hubo casos aislados de enfrentamientos urbanos, aunque se inició realmente en la Guerra Civil española, con los combates en Madrid, Barcelona y otras ciudades del norte. Se consolidó en la Segunda Guerra Mundial, donde la idea de destruir ciudades partió, me temo, de Gran Bretaña y Estados Unidos con los bombardeos sobre Alemania. Querían golpear su poder industrial, aunque eso incluyera matar a los civiles que trabajaban en las fábricas. Hasta 1942, Hitler ordenó a sus soldados que se mantuvieran alejados de urbes como San Petersburgo, Moscú o Leningrado, pero luego cambió de opinión y la guerra urbana creció considerablemente. En Stalingrado solo sobrevivieron 10.000 civiles. Esto no explica que sean

«De camino al combate, sentí una mezcla de miedo y emoción, pero al final no pasó nada y resultó un tremendo anticlimax»



AFP

Los favoritos de Pérez-Reverte



Es imposible resumir en doce novelas y doce películas el cine y la literatura bélicos, y menos si se tiene en cuenta que esa clase de narraciones, o las historias y mitos que les dan origen, existen desde hace 3.000 años. Así que cualquier lista debe considerarse una mera aproximación al asunto. Las que menciono podrían ser quizá representativas, pero no únicas. De algunas (muchas) buenas novelas se hicieron buenas películas, de modo que en las listas sólo las menciono en forma de una o de otra.

CINE

1. El día más largo (1962)
2. Hermanos de sangre (serie TV, 2001)
3. Las cuatro plumas (1939)
4. Murieron con las botas puestas (1941)
5. Senderos de gloria (1957)
6. Waterloo (1970)
7. Troya (2004)
8. El Cid (1961)
9. Los últimos de Filipinas (1945)
10. Duelo en el Atlántico (1957)
11. Sangre en Indochina (1965)
12. Lawrence de Arabia (1962)

NOVELAS

1. La hora 25 (Constant Virgil Gheorghiu)
2. Doctor Zhivago (B. Pasternak)
3. La cacería (A. Paternain)
4. La roja insignia del valor (S. Crane)
5. Los centuriones / Los pretorianos (Jean Lartéguy)
6. Guerra y paz (Tolstoi)
7. El talismán (W. Scott)
8. Éxodo (Leon Uris)
9. Mar cruel (N. Monsarrat)
10. Caballería roja (Isaak Babel)
11. Beau Geste (P. C. Wren)
12. Episodios Nacionales (P. Galdós). ■

de los desastres naturales; sequías, epidemias, erupciones volcánicas. Muchos historiadores atacan la Teoría del gran hombre [del siglo XIX, que defiende que la historia se explica por el impacto de las acciones de personalidades importantes], pero creo que van demasiado lejos, porque Hitler, Napoleón o Stalin sí cambiaron el curso de la historia. Es un debate interesante. Yo creo que las guerras han provocado cambios profundos, a veces para bien, como la liberación de la mujer tras la Segunda Guerra Mundial o el progreso tecnológico y científico, pero casi siempre para mal.

—¿Qué le aportó su experiencia en el Ejército británico para conocer mejor las guerras?

—Entender la psicología y las emociones que se desatan en los soldados durante los conflictos, así como la lógica de las decisiones en el campo de batalla. Es curioso, hace 20 años muchos académicos de otras disciplinas se interesaron por los aspectos psicológicos de las guerras, pero realmente no los entendían y algunos de los ensayos publicados fueron malos. Para mí, es importante entender esos aspectos, para no condenar ni perdonar ciertas acciones, solo comprenderlas. Siempre he sostenido que ese es el deber de un historiador.

—¿Llegó a entrar en combate?

—¡Bueno, bueno! [Risas] Es irónico. Sólo en dos ocasiones estuve a punto. Una de ellas en

'El arte de la guerra'
Lección 165
Identifica la discordia en las filas enemigas
Lección 174
Trata a tus soldados como si fueran tus hijos

Alemania durante la Guerra Fria, cuando un grupo de alemanes orientales se apoderó de nuestro cuartel y yo estaba al mando de una patrulla de tanques. Recuerdo ir cargando las ametralladoras mientras atravesábamos Lübeck a toda velocidad, con las sirenas de la Policía a todo volumen. Aunque suene irresponsable, admito que fue emocionante, porque después de años entrenando, finalmente iba a luchar. Era una mezcla de miedo y emoción, pero al final no pasó nada. El anticlímax fue tremendo.

—¿Y la segunda?

—Ahí está la gran ironía, porque fue solo 24 horas después de abandonar el Ejército para ser escritor. La única vez que estuve bajo fuego real, precisamente en el norte de Israel, cerca del kibutz de Kiryat Shmona, en la frontera con el Líbano. Era mi primer día de civil y, de repente, empezaron a caer cohetes Katyusha. Fue una sensación muy extraña estar bajo fuego real por primera vez, por

que ya era civil y me había convertido en un problema para los soldados israelíes que se encontraban allí. Ya no era útil.

—Habrás buceado en cientos de archivos y miles de documentos. ¿Recuerda el primer testimonio que le impresionó?

—En realidad fueron las historias de mi padre sobre la Segunda Guerra Mundial. Usé la más impresionante al comienzo de mi libro 'La Segunda Guerra Mundial' (Pasado y Presente, 2014), que está relacionada con esa pérdida de control. En Italia, las tropas británicas capturaron a alguien que parecía de Asia, aunque no se podían comunicar con él. Al sacerdote de un regimiento que había estado en India se le ocurrió hablar en tibetano y, de repente, el hombre se desplomó a lágrima viva. Contó que había sido capturado por los japoneses y, tras escapar y cruzar la frontera de la URSS, por los soviéticos. Estos le obligaron a luchar en el Ejército Rojo sin saber ruso. Luego cayó en manos alemanas, que lo obligaron a luchar con los nazis hasta llegar los británicos.

—Obligado a combatir a pesar de sus convicciones...

—Así es. Este pobre tipo no sabía nada sobre los países a los que debía atacar ni sobre los que le habían obligado a combatir. Esta idea siempre me influyó mucho en mi trabajo.

—¿Se podría haber evitado la invasión de Ucrania conociendo mejor la historia?

—Esta idea conecta con las palabras de Bismarck. En este sentido, no podíamos imaginar que alguien quisiera tener otra guerra terrestre en Europa después de la Segunda Guerra Mundial. ¿Qué pasó? Que Putin invadió Ucrania. El problema es que siempre analizamos las situaciones desde un punto de vista democrático, somos incapaces de entender la mentalidad de un dictador como él, que no actúa en beneficio de sus intereses a largo plazo, igual que Hitler. —Tras estudiar cómo estallaron y evolucionaron otras guerras, ¿alberga esperanzas con Ucrania y Palestina?

—Ninguna. Estoy profundamente alarmado porque estamos presenciando la crisis de la democracia. No hemos aprendido del pasado que esta no es perfecta y hemos olvidado por completo los horrores de las dictaduras. Es preocupante que, en Europa occidental, donde se supone que creemos en la democracia, cada vez más personas están perdiendo la fe en ella. No soy nada optimista... Tengo mucho miedo en el futuro. ■



REUTERS

1 Un ucraniano abraza a su familia tras regresar del frente 2 Cráneo de un soldado ruso caído en Robotyne, Ucrania 3 Un civil recoge leña en Donetsk



AFP

el objetivo principal, pero sí el secundario.

—Una de sus novelas favoritas, 'Doctor Zhivago' (1957), refleja la sorpresa de los civiles cuando todo se derrumba a su alrededor y pierden el control de sus vidas. ¿Ese sentimiento se da en las guerras reales? —Sí, sobre todo en los regímenes totalitarios, en los que ningún civil tiene ese control. Eso supuso un gran cambio en el pasado, pero en realidad, cuando estallaba una guerra y se producía un reclutamiento masivo, las personas perdían el control, incluso, en las democracias. Y era muy difícil oponerse a una guerra, porque podías ser enviado a prisión y ser ejecutado. —¿Los cambios más profundos de la sociedad siempre vienen de la mano de las guerras? —Sí. En la actualidad está de moda la teoría de que la historia no está controlada tanto por la acción del hombre como